

El uso del tiempo como forma de la resistencia

PILAR CALVEIRO

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México)

De poderes y resistencias

Aún en situaciones extremas y frente a poderes totales —como las vividas en el siglo pasado en los campos de concentración— los sujetos sociales han mostrado su capacidad para desarrollar distintas estrategias de resistencia y oponerse al poder que se ejerce sobre ellos. Con éxito variable, logran sin embargo sustraerse —aunque sea de manera parcial— a sus mandatos, transgredirlos de distintas formas y «pervertir» el orden que se les impone, por más opresivo que éste sea. Pero se ven obligados a hacerlo de manera subterránea y, por lo mismo, poco visible, de manera que lo que a primera vista pueden parecer conductas de sumisión enmascaran, en muchos casos, prácticas resistentes.

Esto confirma las ideas planteadas tanto por Michel Foucault como por Gilles Deleuze, en el sentido de que en cualquier relación de poder que se plantee es tan imposible encontrar un centro de acumulación infinita de potencia como una región que carezca de toda carga, es decir un lugar social de «densidad cero» de poder. Tal afirmación parece ser válida tanto para las relaciones de poder políticas como sociales, familiares, escolares, que no se pueden conceptualizar como vínculos de poder-no poder, sino como una serie de relaciones de unos frente a otros —no dos sino muchos—, que generan concentraciones diferentes de poder, no sólo por su intensidad sino incluso por su misma índole y las formas de ejercicio de cada uno de los actores intervinientes.

Las asimetrías son entonces desequilibrios, más o menos acentuados, que benefician a unos actores en detrimento de otros, en el marco de relaciones variables, inestables y de las cuales nadie tiene un control perfecto ni definitivo. Hoy resulta particularmente importante rescatar esta idea, en el contexto de poderes globales que se presentan cada vez como absolutos, más fuera de control, más impunes, generando, como contrapartida, la idea de sociedades «inermes» de las que se reclama pasividad y prescindencia.

Dado que toda sociedad tiene la posibilidad y la capacidad de ofrecer resistencia, el poder que se despliega desde los centros de alta concentración —en particular el Estado y todas sus prolongaciones— invariablemente enfrenta oposiciones de distinto tipo, aunque éstas sean fragmentarias, débiles y poco visibles.

Si bien el Estado es un foco en torno al cual se crea —y él mismo crea—

una compleja red de poderes circulantes que se potencian entre sí, también ocurren procesos de quiebre y desarticulación de los mismos, por efecto de múltiples confrontaciones, resistencias y escapes que los obligan a modificar su curso. Y estos procesos no son secundarios.

El despliegue de estas fuerzas —sólo a veces de sentido inverso, pero siempre diferente— excede la noción de contrapoder. Supone más bien una serie de enfrentamientos múltiples que, como vectores, tienen sentidos diversos, los cuales inciden unos sobre los otros tomando trayectorias no necesariamente opuestas y muchas veces «erráticas». Así las redes de poder y resistencia son construcciones altamente complejas que no se pueden conceptualizar como oposiciones binarias, sino que comprenden tales relaciones binarias enlazándolas entre sí y formando conjuntos mucho más densos, articulados y ambivalentes.

La índole de un determinado poder —sea éste político, social, familiar— se encuentra tanto en aquello que muestra como en lo que oculta. Es decir, la «frontalidad» del poder es apenas una de sus facetas. Por lo tanto, es preciso indagar en aquello que no es evidente ni abierto. Todos los que participan en las relaciones de poder, ya sea desde las posiciones de dominio o las de subordinación, estructurarán sus zonas de potencia, de incertidumbre y de impotencia, o lo que podríamos llamar los «puntos ciegos» de sus respectivos poderes, y en todos estos espacios muestran y esconden a la vez. Exhibir el propio poder es un acto de fuerza que, a la vez que re-fuerza, debilita. En este sentido, lo que se «esconde», lo no visible, es parte complementaria y necesaria de todo ejercicio del poder. «El que ve sin ser visto», como en el panóptico o como en el «efecto yelmo» al que se refiere Jacques Derrida (1995) es, en algún sentido, el ideal de todo poder. Concordantemente, es importante pensar las resistencias como poderes y su «no visibilidad» bajo esta misma clave de interpretación.

La mirada superficial, cuando no observa oposición abierta, confrontativa, concluye rápidamente en la inexistencia de toda oposición, entrando en el juego «todopoderoso» del Estado. Pero éste sí sabe, y por eso vigila más allá de la superficie. Sabe que, de hecho, cualquier poder subordinado es principalmente subterráneo.

Es cierto que existen, o pueden existir, oposiciones abiertas, frontales —que a continuación llamaré confrontaciones— pero también se dan, de manera constante, otras subterráneas, que llamo resistencias. El hecho de ser menos visibles no las hace menos importantes y son las que se abordarán principalmente en el presente trabajo.

La confrontación es del orden de la violencia abierta y obliga a un gran despliegue de energía cuya eficacia es, a veces, extraordinaria, pero también en muchos casos dudosa. Opera como desafío, como lucha abierta y tiende a la ocupación de espacios y prácticas vedados o en los que existe desigualdad de participación. Como ya se señaló, su resultado es variable pero frecuentemente

puede tener efectos perversos, reproduciendo e incluso potenciando las relaciones de poder preexistentes, o bien permitiéndoles adaptarse e incorporar procedimientos nuevos pero no más equitativos.

Muchos análisis tienden a asimilar la resistencia a la confrontación e incluso a considerar a esta última como su «forma superior», más alta, desde un punto de vista que considero inadecuado.

A diferencia de la confrontación, la resistencia se refiere a formas laterales o subterráneas de oposición del débil. Se despliega sobre todo desde los espacios asignados como lugares de control —la familia para la mujer, la fábrica para el asalariado, las villas de emergencia para los marginados urbanos, las comunidades indígenas para el indio—, haciendo de ellos ámbitos resistentes con respecto a los poderes centrales. La resistencia opera en procesos de largo plazo y en general ocurre en las esferas de lo cotidiano y en los espacios sociales y privados. Se suele expresar «como confianza, como coraje, como humor, como astucia, como denuedo, y actúa retroactivamente en la lejanía de los tiempos» (Benjamin: 179). Implica distintas prácticas, incluso simbólicas, y comprende miles de estrategias que se modifican constantemente y que se podrían sintetizar como formas de incrementar la incertidumbre de quienes ejercen el poder ampliando la capacidad de movimiento de quienes ocupan las posiciones subordinadas.

La resistencia actúa de manera lateral y, por lo mismo, se dirige hacia los lugares periféricos del poder para incidir desde allí en el centro. Su acción no supone una racionalidad explícita —lo cual no quiere decir que sea irracional—; se podría decir que su racionalidad es la resistencia misma que, en la mayor parte de los casos, remite simplemente a la supervivencia. Se mueve «naturalmente» para subsistir, sin que resulte visible la voluntad manifiesta de socavar el poder instituido, que está presente en la confrontación. Sin embargo, su solo movimiento y su supervivencia lo desgastan obligándolo a detectar primero las resistencias, siempre cambiantes, y a neutralizarlas después.

La historia muestra que las mujeres, los indígenas, los pobres, los desocupados, han desarrollado de manera constante formas de poder propias y estrategias de resistencia, como fuerza —aunque subordinada— real, que se opone y obliga a cambiar el recorrido de los vectores de los poderes instituidos. No es una novedad, sino que ha ocurrido por generaciones y generaciones, con una potencia que no se exhibe sino que busca y encuentra los resquicios para protegerse en ellos y sobrevivir; tiene la fuerza del movimiento constante pero casi imperceptible, generalmente instalado en lo cotidiano, en lo doméstico.

La «debilidad» que la hace imperceptible es la razón de su potencia porque, en primer lugar, es difícilmente detectable. A su vez, su invisibilidad es requisito para su supervivencia. «A los grupos que carecen de poder les interesa, mientras no recurren a una verdadera rebelión, conspirar para reforzar las apariencias hegemónicas» (Scott: 21).

Cuando las relaciones de poder son muy asimétricas, los poderes del subordinado, siendo menores, existen; sin embargo no se muestran como resistentes o, más bien, no se muestran de ninguna manera. El débil sostendrá a viva voz la autoridad establecida, alentando la apariencia de sumisión total, mientras la transgrede de diferentes maneras; de ahí proviene la idea del «indio ladino». En efecto, al hacerlo se enmascara como acto de supervivencia; refuerza la apariencia de un poder indiscutido para proteger los escasos márgenes de autonomía que va construyendo. Es posible que la eficacia de lo resistente resida precisamente en una cierta invisibilidad que le permite rodear los focos de poder que no está en condiciones de enfrentar, disparar sobre ellos de manera indirecta, a la espera de condiciones menos adversas que se construyen desde la resistencia misma.

Junto a la confrontación y la resistencia, y de manera complementaria con ellas, los actores sociales son capaces también de crear líneas de escape, fugas, vectores que les permiten, en lugar de sobrevivir y encontrar resquicios dentro de las relaciones de poder vigentes, abrir verdaderas fisuras y «salir» hacia un lugar otro, inaccesible o difícilmente atrapable, creando realidades «nuevas» o rompiendo las racionalidades vigentes.

Toda confrontación, toda acción resistente y todo escape son objeto inmediato de mecanismos de *reatrapamiento* en las redes de poder, que se reconstituyen incesantemente. Cuando lo logran, se tiende a producir una refuncionalización de lo resistente, para mantener la dominación. Así, aquello que cuestionaba las relaciones de poder vigentes puede pasar a sostenerlas, refuncionalizando las relaciones de dependencia y dominación sin debilitarlas.

Se podría decir, entonces, que los centros de poder y los centros de resistencia tejen y destejen simultáneamente, unos sobre los otros, intentando alternativamente el escape de la red y la reconstitución de la misma.

Tiempo y poder

Las dimensiones del tiempo

Hay un *saber sobre el tiempo* que parece natural y espontáneo; un saber que se nos antoja obvio y que proviene de nuestra experiencia directa del tiempo, cuyo devenir nos resulta contundente. Sin embargo, en cuanto se somete este saber al análisis reflexivo comienzan las dificultades y las ambigüedades, «esta paradoja que se plantea entre un saber natural y espontáneo acerca del tiempo y una conciencia reflexiva del mismo que se convierte en un saber que no sabe» (Vial Larrain: 34).

En efecto, nuestra finitud nos coloca de frente a la celeridad del tiempo y con ello a la inexorabilidad de la muerte, tan «negada» por la sociedad moder-

na. Por contraste, también nos remite a la noción de lo eterno e infinito, representada en Dios —igualmente poco «moderno»—, que trascendería la idea del tiempo y el espacio, como duración que se extiende «desde la eternidad a la eternidad» y «del infinito al infinito», según palabras del propio Newton (Saaavedra: 62). Así, la finitud, el «paso por la vida» y lo que llamamos «el paso del tiempo» nos resultan obvios a la vez que se nos «escapan» por todos lados.

Una primera cuestión, planteada desde Aristóteles, surge del hecho de que el devenir se nos aparece bajo la secuencia de *pasado, presente y futuro*. Pero, en realidad, si el pasado ya no es y el futuro aún no es, la cuestión del tiempo pertenece más al no ser que al ser (Vial Larrain, 1981). Es decir, podría pensarse que sólo es el presente, o bien, si consideramos al presente como puro instante, punto de inflexión, gozne, que inmediatamente se transforma en pasado, sólo es el pasado, que no es sino que fue.

La discusión filosófica acerca de la existencia del tiempo, ha reconocido *dos grandes perspectivas*. Una que afirma la existencia del tiempo como algo que tiene *una realidad empírica* —desde Aristóteles— y otra que lo propone como *pura idealidad*, o creación subjetiva del hombre —desde San Agustín.

La primera se refiere al tiempo conceptualizado por la física, que se determina por relación a los recorridos dentro de un espacio, como en el caso de los astros marcando la diferencia entre día y noche. La segunda alude a nuestra vivencia interior, en sus dimensiones de espera, experiencia y recuerdo. Kant, reconociendo la existencia de ambas dimensiones y sus especificidades, una como expresión de la subjetividad y otra del saber objetivable, le adjudicó al tiempo el carácter de puente entre ellas, sin poder sin embargo escapar a estas dos vertientes como forma de conceptualizarlo.

Es posible eludir la confrontación entre una visión objetivista y otra subjetivista con respecto al tiempo. Según Norbert Elias (1989), el tiempo es un *símbolo social*, en el que se involucran tanto procesos sociales como físicos. No es una relación —objetiva o subjetiva— que realiza el sujeto individual sino que existe *una institución social del tiempo*, por lo que nuestra percepción del mismo está socialmente constituida. La idea y la necesidad de poner en relación dos procesos que están en movimiento —como la jornada de trabajo en relación con el curso del sol o el embarazo con las fases de la luna— no es «natural» al ser humano genérico ni tampoco una invención arbitraria, sino que parte de necesidades sociales específicas.

En la organización humana se crean distintas maneras de marcar posiciones y transursos por referencia de unos procesos a otros y de «duraciones» a movimientos en el espacio; son formas de *medición social* que *permiten orientar y controlar* los distintos intercambios, por comparación con un movimiento cíclico o circular. Así los procesos sucesivos y lineales se refieren a otros cíclicos —como el día y la noche, las estaciones, el reloj mismo—, que funcionan como punto de comparación y permiten crear unidades de referencia.

El propio proceso civilizatorio es el que va modelando una actitud social en relación con la observación y medición del tiempo, que difiere de unas sociedades a otras. El hecho de percibirlo como un *continuum* estandarizado es una creación de los hombres en sociedades específicas, que lo utilizan como instrumento de medición con funciones coordinadoras e integradoras. Es decir, la institución social del tiempo tiene una *función orientadora*, que permite determinar posiciones, duraciones, ritmos de transformación de diferentes procesos sociales y, por consecuencia, individuales, ligados todos con relaciones de poder específicas.

Se podría decir que el tiempo funciona como un dispositivo de *regulación* de la conducta y la sensibilidad misma de los individuos, quienes aprenden dentro de una experiencia *construida y transmitida colectivamente*. La personalidad de los sujetos se constituye dentro de esta institucionalidad del tiempo, a través de una serie de *coacciones* externas primero, que se van internalizando, para «ordenar» a las personas, e incluso a sus ciclos biológicos, regulados y estructurados de acuerdo con la organización social del tiempo.

En palabras de Elias: «En la figura del reloj un grupo humano envía de cierto modo un mensaje a cada uno de sus miembros» (Elias, 1989: 25). En consecuencia, la vivencia «natural» que creemos tener del tiempo es una construcción o institución social, que condiciona nuestra percepción subjetiva del mismo; es resultado de una experiencia, en efecto, pero de una experiencia colectiva dentro de la que se conforma la individual.

El tiempo es, por lo tanto, símbolo social de un complejo entramado de relaciones que abarcan lo individual, lo social y la naturaleza física, todas esferas constitutivas de lo humano, que aunque no guardan simetrías entre sí, permanecen en profunda correlación unas con otras.

Tiempos diversos

Los métodos que crea la sociedad para medir el tiempo combinan la duración de los procesos como secuencia, el espacio en el que se despliegan y la rapidez o intensidad de la repetición, todos fenómenos vinculados con su utilización como instrumento de poder. Pero, a su vez, duración, espacio e intensidad operan de manera diferente dentro de lo que podría pensarse como una *multiplicidad de tiempos*, o de dimensiones del tiempo, como distintas caras o construcciones del mismo, según se trate de procesos físicos, psíquicos, etcétera.

Desde un punto de vista estrictamente sociológico, se podría hablar, en el sentido mencionado, de la superposición de tiempos biológicos, psíquicos, históricos, astronómicos, que no coinciden punto por punto y que constituyen relojes —aunque coordinados— de distinta naturaleza, referidos a procesos de du-

ración y velocidad diversas. Resulta casi obvio, por ejemplo, el «corrimiento» entre los tiempos internos, «subjetivos», que se alargan o acortan según procesos íntimos, con respecto a la duración del tiempo histórico cronológicamente medible, o del tiempo cósmico. En otros términos, la diferencia entre el tiempo interior y el otro, mensurable, que compartimos con otras personas y permite la coordinación social.

Dentro de esta multidimensionalidad del tiempo se puede diferenciar un *tiempo biológico* que organiza el curso de la vida en ciclos vitales amplios como la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez y la vejez, o bien los ciclos de supervivencia y reproducción, impuestos por la naturaleza pero atravesados y organizados desde las dimensiones sociales y psíquicas.

Por su parte, la *dimensión psicológica*, a la que se ha hecho referencia, remite a nuestra impresión subjetiva, en la que los momentos son desiguales entre sí y difieren, a su vez, del tiempo cronológico. Aunque hay una tendencia de aceleración a medida que transcurre la vida, en esta dimensión las longitudes y los ritmos pueden ser lentísimos o vertiginosos, de acuerdo con la marea interior, también organizada, en último término, por representaciones socialmente constituidas.

Pero el tiempo del ser humano es sobre todo un *tiempo histórico*, que vive como ser *en* su tiempo y como ser *de* su tiempo. En la historia el tiempo se comparte con otros, los contemporáneos, y es irreductible a los conceptos físicos o cronológicos. Hacia dentro mismo del tiempo histórico, encontramos la superposición y coexistencia de tiempos distintos: procesos de corta o larga duración, procesos lineales o cíclicos y, sobre todo, tiempos que no se pueden medir o cuantificar por referencia de unos a otros. En la historia resulta clara la significación cualitativa de los tiempos, como momentos desiguales. Hay instantes que marcarán toda una época y cuya importancia y «duración» es mayor que la de procesos larguísimos en un estricto sentido cronológico. Son momentos que se prolongan en el futuro, que reconfiguran el pasado y permiten apropiarse del presente.

En la historia, como en las historias de vida de los sujetos, coexisten «los procesos de corta, mediana y larga duración, [...] las pertenencias, las estructuras y las coyunturas que tienen, cada una, su propio ritmo y su propio tiempo. Hay distintos *tiempos* en los movimientos históricos. Hay procesos acelerados y otros que se estancan y se atrasan [...] En nuestro tiempo, estamos haciendo la experiencia de la simultaneidad de fenómenos que no son contemporáneos: dentro de una misma sociedad puede haber grupos que viven con un distinto ritmo y una distinta dinámica. Los pueblos desarrollados y los subdesarrollados viven en distintos tiempos históricos, viven la época actual de diferente manera y asignan al tiempo diferente valor [...] viven al mismo tiempo pero no en el mismo tiempo» (Krebs: 165).

La simultaneidad de fenómenos no contemporáneos se puede señalar entre

distintas culturas pero tal vez también entre grupos diferentes de una misma sociedad, como entre hombres y mujeres, que implica no sólo usos y ritmos distintos del tiempo sino representaciones y, por consiguiente, expectativas diferentes en relación con él.

Se ha insistido en la irreductibilidad del tiempo humano e histórico al *tiempo físico*, por referencia al tiempo absoluto y lineal de Newton, aunque es preciso señalar que también la física tiene hoy un planteamiento mucho más complejo con respecto al tema. Si bien Einstein «explicó que la experiencia del Ahora significa algo especial para el hombre, algo esencialmente diferente del pasado y el futuro, pero que esta importante diferencia no tiene, ni puede tener, un sitio en la física» (Prigoyine: 327), desechando la posibilidad de que la ciencia dura explicara las particularidades de la experiencia humana respecto del tiempo y, sobre todo, del presente, hoy las cosas se plantean de otra manera, mucho más próxima a la reflexión social, histórica y filosófica. También en la física se estudian los clásicos fenómenos cíclicos y conservativos como los de irreversibilidad en el tiempo. Se explicita que el devenir universal comprende tanto un concepto de tiempo asociado con una trayectoria en el espacio, medible, externa y que sirve para comunicarnos, como de los tiempos internos múltiples. «La física hoy no niega el tiempo. Reconoce el tiempo irreversible de las evoluciones hacia el equilibrio, el tiempo rítmico de las estructuras cuyo pulso se nutre del mundo que las atraviesa, el tiempo bifurcante de las evoluciones por inestabilidad y amplificación de fluctuaciones y hasta el tiempo microscópico que manifiesta la indeterminación de las evoluciones físicas y microscópicas. Cada ser complejo está constituido de una *pluralidad de tiempos*, conectados los unos con los otros según *articulaciones sutiles y múltiples*. La historia, sea la de un ser vivo o la de una sociedad, no podrá jamás ser reducida a la sencillez monótona de un tiempo único» (Prigoyine: 304).

Como se ve, la multiplicidad y especificidad de los distintos tiempos cósmico, biológico, psíquico e histórico y aun la multiplicidad de tiempos adentro mismo de cada una de estas dimensiones, no permite desconocer que, aunque relativamente autónomos, existen conexiones y articulaciones entre todos ellos, que varían según el individuo, la *sociedad y la época respectiva*. *El tiempo es un símbolo de una compleja* trama de relaciones que comprenden lo individual, lo social y lo natural, que se puede conceptualizar como homogéneo o como heterogéneo, continuo o discontinuo, sincrónico o diacrónico (Levinas, 1995).

La organización social del tiempo, como forma de establecer una «verdad» social con respecto a su medición construye «*horizontes temporales*» que varían según cada sociedad. Estos horizontes son formas de organizar la percepción social a través de las nociones de pasado, presente y futuro —entre los que no se pueden establecer simetrías o equivalencias— y las expectativas en relación con cada uno de ellos. El horizonte temporal difiere de una sociedad a otra, pero aun dentro de una misma sociedad, se conforma de manera particular

según la edad, el grupo social o el género al que se pertenezca, de manera que los *distintos grupos sociales* podrán tener formas también diferentes de ver su pasado, presente y futuro, y de relacionarse con ellos.

El horizonte temporal de la resistencia

El ser humano es un ser finito y que, en tanto tal, está sujeto inexorablemente a lo que él llama el curso del tiempo. Pero, simultáneamente, la noción de tiempo es su creación y, por consiguiente, lo piensa como cosa capaz de ser apropiada. «Puede hacer suyo el tiempo. El hombre puede tomarse tiempo, puede darse un buen tiempo o puede perder el tiempo [...] él puede dar tiempo al tiempo, puede engañar el tiempo y puede hacer tiempo» (Krebs: 142). Hacerlo suyo, tomarlo, darlo, perderlo, como una auténtica posesión. Esta *apropiación del tiempo* va más allá del tiempo personal. El ser humano es capaz de adueñarse del trabajo de otros —que es una forma de adueñarse de su tiempo— pero, sobre todo, es capaz de regular los tiempos sociales, que comprenden numerosos tiempos individuales. Es clara, por lo tanto, la relación estrecha que existe entre el ejercicio del poder y el control de los tiempos tanto individuales como sociales.

En cuanto a la relación entre tiempo y poder, hay una primera dimensión, obvia, que se refiere a los usos que se pueden hacer del tiempo. La *distribución del tiempo* mantiene una relación con las circulaciones de poder, que implica, en primera instancia, *el uso y la apropiación de los tiempos productivos y creativos de unos por otros*. Los diferentes estudios que se basan en la organización del tiempo social y en qué tipo de actividades lo «consumen» unos y otros grupos sociales, son bastante claros al respecto. Hay una desigualdad social evidente en la distribución de las actividades cotidianas, que implican un uso diferente de los tiempos, así como patrones diversos de organización del mismo y, por extensión, construcciones disímiles de la noción misma de tiempo.

Desde una visión orientada por la lógica económica, se habla del tiempo como capital y como inversión, con ciertos rendimientos y con intercambios desiguales (Ramos Torres, 1990). En este sentido, las actividades de los seres humanos y de los grupos sociales, se pueden clasificar según su orientación en ciertas áreas: la satisfacción de necesidades esenciales, el trabajo remunerado, el trabajo doméstico y el esparcimiento. Hay decisiones de orden social y político que delimitan algunas de estas actividades, como la jornada laboral estándar para una sociedad, y que afectan a prácticamente todos los miembros de la misma, con el poder que esto implica para quienes toman tales decisiones.

Los tiempos destinados a cada actividad se modifican extraordinariamente de unos a otros grupos, también según patrones socialmente establecidos, lo que hace que unos deban dedicarse más que otros a las actividades que garantizan la

subsistencia y, en consecuencia, que dispongan de diferentes posibilidades de esparcimiento o «tiempo libre». Asimismo, existen las «transferencias» de tiempo a las que ya se hizo referencia, es decir, actividades que realizan ciertas personas en beneficio de otras, lo que revela un primer nivel de esta relación de «apropiación» del tiempo de unos por otros.

Pero esta aproximación deja vacíos importantes. En primer lugar, se pueden señalar también las *diferencias cualitativas* dentro de cada rango, que son de primera importancia, como el hecho de que un mismo concepto comporta actividades muy diferentes. Por ejemplo, el trabajo remunerado puede referirse de igual manera a una actividad creativa —como la producción intelectual o artística— o a una actividad mecánica como alimentar la línea de producción en una maquiladora que, aun cuando supusieran hipotéticamente la misma retribución, reciben valoraciones sociales distintas e implican niveles de satisfacción personal disímiles. Esta circunstancia ya marca diferencias significativas en cuanto a la distribución del tiempo según la posición que se ocupa en las relaciones de poder. Otro elemento, que no se considera en esa simple clasificación pero que es decisivo, es el rango de retribución que se recibe por un mismo tiempo de trabajo y que suele coincidir con la división entre trabajo manual o mecánico y trabajo creativo o intelectual y artístico. Dos personas pueden dedicar la misma porción de su tiempo al trabajo remunerado pero obtendrán retribuciones distintas si se trata del dueño de una empresa o del encargado de vigilancia de la misma. Es decir, puede haber distribuciones semejantes de tiempos, pero que éstos «valgan» diferente. Todos estos elementos permiten observar que la organización y distribución del tiempo están constituidos a partir de las relaciones de poder que circulan en la sociedad.

Ocurre algo semejante en referencia a las múltiples *dimensiones del tiempo* y a la *percepción variable* que tenemos de él. Las *duraciones* de los fenómenos se perciben de manera diferente según el punto de observación, sea éste desde las posiciones de poder o desde las de resistencia. Un mismo acontecimiento o proceso, merece apreciaciones de extensión muy diferentes para quienes se benefician o perjudican con él.

Por otra parte y como ya se señaló, la conceptualización del tiempo como fenómeno mensurable y homogéneo lo vincula al *espacio* y al *movimiento*, es decir, a recorridos. Tiempo y espacio se implican bajo la misma pregunta: ¿Existen como tales o describen, uno por referencia al otro, relaciones entre las cosas? El tiempo como forma de medida de movimientos en el espacio o bien éstos como referencia para la invención de medidas de tiempo.

La correlación de tiempo y espacio se liga directamente con su utilización como instrumentos indispensables en el ejercicio de poder. En relación con el espacio, todo poder instituido intenta la mayor movilidad para sí, a la vez que procura la inmovilidad o el más perfecto control de movimientos de aquello que controla. En otros términos, intenta restringir al máximo la propia incertidum-

bre, para incrementarla en los demás actores; busca la transparencia de lo que quiere controlar e incrementa la opacidad propia. En este sentido, es característica del poder la *clasificación, reticulación y estratificación de los espacios para controlar todo flujo o movimiento*. Así, las unidades de medición del tiempo se articulan con las formas de control de los espacios y los movimientos y devienen calendarios precisos, agendas detalladas, rutinas minuciosas de las acciones posibles y permitidas, que regulan los desplazamientos en el espacio según las coordenadas temporales.

Desde el lugar del poder se intenta fijar; de hecho, cuanto más se logra fijar al otro, mayor capacidad existe para asegurar su control. Se trata de un procedimiento de captura que actúa atando, ligando y, si es posible, inmovilizando para un *control* «perfecto» del espacio. Por eso, los poderes más absolutos ejercen una forma masiva de violencia que genera precisamente parálisis. El poder totalitario, como modalidad extrema, utiliza el terror para inducir la inmovilidad social, y así alcanzar un máximo de control del espacio, a través de la suspensión de todo movimiento.

Como contraparte, las estrategias resistentes se basan en la búsqueda de resquicios dentro de la cuadrícula trazada desde el poder, para moverse y, dentro de lo posible, hacerlo sustrayéndose a su mirada. Actúan, por oposición, como movimiento constante, flujo, mutación. Si el ejercicio de poder consiste en territorializar, *la resistencia desterritorializa* y decodifica. Pero, sobre todo, en su movimiento trata de salir de la retícula, agenda o rutina, hacia algún margen no contemplado, hacia una posición lateral o subterránea, en especial si ésta se ubica en los lugares de invisibilidad o impotencia de los poderes instituidos.

En este sentido, el *eje tiempo-espacio-movimiento* se juega desde las posiciones de poder como organización homogénea del tiempo, y como delimitación y cuadrículación del espacio para restringir y controlar todo movimiento. Procediendo desde el otro extremo, las resistencias incrementan el movimiento para salirse de los márgenes asignados en el espacio físico y simbólico, o bien para encontrar resquicios en él y desformalizar el tiempo. A su vez, las «fugas» o líneas de escape se «disparan», desde un punto de impotencia del poder, para crear otro tiempo y otro espacio.

Además de este eje tiempo-espacio-movimiento, en la conformación misma de los *horizontes temporales*, también se pueden observar distintas articulaciones, según las posiciones que se ocupen en las diferentes relaciones de poder. Los grupos sociales, así como los sujetos, se construyen en un *presente* que «recoge» determinado pasado y se «proyecta» en cierto futuro —desde las imágenes espaciales— pero el énfasis que colocan en cada una de estas fases, no simétricas, es significativo en relación con las posiciones que ocupan dentro de la trama de poder.

La apropiación del presente es clave desde la posición de poder. El pre-

sente es particularmente importante por su condición de gozne que conecta un pasado que fue con un futuro por inaugurar. Pero, a pesar de esta condición de simple puente, es importante porque es el único que es, el único que abre la posibilidad efectiva de articular el pasado y el futuro, de reunir memoria y proyecto, experiencia y expectativa. Ciertamente, la apropiación del presente implicará la reconstrucción de *cierto* pasado, su interpretación, convertido ahora en *el* pasado, y la proyección hacia un futuro que se presenta como promisorio, en tanto prolongación de este presente. «El presente del pasado es la memoria; el presente del presente es la visión, y el presente del futuro es la espera» (San Agustín en Ricoeur: 171). Pero esta triple apropiación, que en San Agustín es puro presente, se hace siempre desde la posesión de hecho del presente, como instante único, irrepetible de la acción, de la decisión, de la transformación. «El presente es también el ahora de la iniciativa, del comienzo del ejercicio de la potencia de actuar sobre las cosas, el *initium* de la imputabilidad» (Ricoeur: 177). En definitiva, toda apropiación, es decir, todo poder ocurre en ese presente. Según Krebs, «el presente es el presente de los grupos dirigentes que viven a la altura de su tiempo y es el presente de los grupos marginados que viven en un pasado no superado. Cada generación y cada grupo tiene su presente y en cada presente se encuentran distintas generaciones y distintos grupos que viven con un diferente ritmo histórico y que, sin embargo, comparten el destino que les impone su tiempo» (Krebs: 144). Sin embargo, esta posesión del presente, esta «imposición» del tiempo de los «grupos dirigentes», no necesariamente implica la reclusión de los marginados en un pasado no superado, como afirma Krebs. También ellos, desde este presente «ajeno», organizado por otros parámetros, urden sus propios juegos, desde la «quietud y la contemplación», e inventan futuros distintos. Se desdibuja así la primacía del presente y se lo difiere, para pensarlo desde la esperanza de un futuro que puede ser distinto. Desde las posiciones de desventaja o exclusión, se vive el presente haciendo una apuesta al largo plazo, que permite soportar, aguantar, resistir, y en muchos casos, simplemente sobrevivir. En efecto, hay condiciones en que la sola supervivencia es lo que orienta la acción en el presente pero en esta voluntad de sobrevivir hay un futuro que se esboza y al que *se espera*, semejante al tiempo diacrónico de Levinas: «El tiempo como infinita paciencia de la espera [...] un tiempo otro, desformalizado» (Rabinovich: 133).

La fugacidad, la «puntualidad» del presente hace que éste se transforme incesantemente en *pasado* y que se confunda con él. ¿Hasta dónde se «extiende» nuestro presente? ¿Qué es lo que debemos considerar como parte del pasado? ¿Qué tan presente permanece el pasado? Preguntas difíciles de contestar o que merecen diversas respuestas porque, igual que en la observación física, lo distante nos parece lento o incluso inmóvil y la simultaneidad o no de los acontecimientos, su pertenencia a un presente o un pasado, dependen del punto desde el que se realice la observación. La posición del observador alarga o

acorta la percepción de simultaneidad y, por consiguiente, de lo que consideramos presente, que puede concebirse como instante —como «presente temporalmente puntualizado»— o bien como momento más prolongado, como un periodo, «como duración que se abstrae del transcurrir de los eventos [...] El presente que dura vuelve posible el contraste con el presente puntualizado, contraste que permite experimentar la continuidad y el transcurrir del tiempo» (Luhmann en Corsi, 1996).

Pero, además de la imprecisión de los límites entre pasado y presente, es evidente que el ayer *se «presentifica»* en el hoy, de distintas maneras. En primer lugar, lo condiciona porque las selecciones posibles están irremediablemente restringidas por las decisiones del pasado. Además, se prolonga en el presente a través de valoraciones, actitudes, costumbres, prejuicios, razonamientos, sentimientos que se desfasan del presente y nos llegan desde pasados sucesivos, más o menos distantes. Hasta aquí la prolongación «espontánea», no provocada, del pasado. Pero también existe la acción sistemática —de la memoria, por una parte, y de la historia como memoria «verdadera» y estructurada por otra—, una voluntad intencional y persistente de mantener fragmentos del pasado en medio del presente, re-construyéndolo en relación con las apuestas actuales.

Hay una cierta forma de hacer historia en que la memoria se erige en archivo institucional. Se construye entonces como discurso de los protagonistas del presente, para articularlo con un pasado que afianza su visión y organización del mundo. Este *relato histórico* trata de organizar, clasificar y explicar los eventos estructurándolos como procesos completos y continuos. Los «encadena» mediante explicaciones causales, en las que cabe la noción de crisis, pero siempre bajo la mirada tranquilizadora que reconstruye la racionalidad de los sucesos, la generalización que los inscribe en grandes procesos y estructuras. En último término, esta historia, como relato que convalida las relaciones de poder vigentes, pretende el «control» de un pasado y, simétricamente, del presente y el futuro. La historia, en tanto relato oficial, ordena, articula, interpreta el sentido del pasado a la luz del presente y, a la vez, con la mirada puesta en el futuro preciso que proyecta. En síntesis, construye un pasado funcional a las relaciones de poder del presente, explicándolas y convalidándolas.

Por su parte, *la memoria* trae fragmentos, relatos muchas veces inconexos, desordenados o reordenados, que se niegan a dejarse desvanecer y reaparecen machaconamente, cuestionando a veces el relato histórico, y en otras señalando sus carencias. La memoria también puede ordenar y construir pero lo hace de una manera distinta, menos estructurada y generalizable que el relato histórico y, por lo mismo, es la vía de aparición de los relatos disfuncionales y disidentes. Suele traer al presente las viejas ofensas, las heridas no cerradas, para impedir su «desaparición» e interrumpir, de alguna manera, la impunidad del poder. Intenta otras explicaciones, rescata aristas desaparecidas o disimuladas y, al re-

plantear el pasado, hace una lectura distinta del presente y proyecta o desea también otro futuro.

En todo relato, sea histórico o memorioso, la reconstrucción del pasado reconoce una época de oro, en que las aspiraciones de quien construye el relato alcanzaron su máximo esplendor. Se trata de *momentos estelares*, en los que se alcanza la máxima libertad, esto es la posibilidad cierta de realizar las propias aspiraciones. Desde el ejercicio del poder así como desde la resistencia, esta época se sitúa en el momento de mayor autonomía con respecto al otro.

Desde las posiciones de poder, el esplendor se concibe como consecuencia de las propias aptitudes, de las capacidades endógenas, que condujeron «naturalmente» a la situación de privilegio. Para quienes se mueven en condiciones desventajosas y resistentes, el momento de esplendor se explica por un arduo trabajo, por un esfuerzo propio, por la construcción dificultosa de cierta autonomía que, por lo mismo, reivindican como un triunfo, aun cuando sea parcial. Y de hecho, estos momentos de esplendor limitado del resistente son extraordinariamente importantes en la redefinición de las relaciones de poder porque aun cuando en términos de una valoración de hecho las condiciones de su dominación no hayan cambiado dramáticamente; sin embargo, en términos simbólicos, su «esplendor» es una prueba de su potencialidad. Por otra parte, los momentos de esplendor de los poderosos suelen coincidir con una decadencia definitiva o temporal de los poderosos. En consecuencia, se manifiestan simultáneamente las debilidades de uno y las potencialidades del otro, que como es obvio, se implican.

Tanto la reconstrucción del relato histórico como la de la memoria *recuperar el pasado, lanzándolo hacia el futuro*, como el lugar de los proyectos, de la potencialidad. En primera instancia, todo futuro aparece como extensión de quienes son «dueños» del presente. En efecto, todo poder instituido se proyecta hacia un futuro amplio: organiza y planifica a largo plazo, estableciendo los tiempos y fijando apuestas de largo alcance. El control del largo plazo es decisivo para la trama de poderes que se asocian en cada circunstancia.

Pero *desde lo ya instituido se suele organizar al futuro como lo que ya es*, como extensión o profundización de la realidad presente, pero no se atina a concebirlo de manera radicalmente diferente. Hay demasiado esfuerzo destinado al despliegue de las potencialidades presentes y demasiada confianza en la capacidad de prolongarse en el tiempo indefinidamente, «cree que su presente es capaz de colonizar, desde sus propias necesidades y necesidades, la totalidad del tiempo y de la historia» (Foerster: 61) porque, finalmente, todo poder es soberbio.

Por el contrario, desde la posición de desventaja es necesario esperar, apostar *al futuro*. El presente no es favorable; se puede recordar un pasado distinto del que organiza la historia, pero la memoria disidente tiene una validez limitada... por ahora. Por eso, los desposeídos esperan, esperan su tiempo y un

presente que les pertenezca y que está, necesariamente, en el futuro. Lo hacen de manera callada, registrando cada una de las ofensas, moviéndose y probando, por ensayo y error, cómo sobrevivir, cómo debilitar, transgredir o desbaratar las relaciones de poder que los someten. La *apuesta al largo plazo* es una de las estrategias más claras de la resistencia. Desde la desventaja se apuesta sobre todo al futuro. Rara vez se puede reforzar en el pasado histórico, por lo que se echa mano de fragmentos de la memoria para alimentar la espera. A su vez, el presente es desventajoso y, por lo tanto, se opta por la proyección hacia un futuro que no se construye necesariamente como heroico, sino como salida, alternativa, re-organización de las condiciones presentes. Puede haber grandes apuestas en las estrategias resistentes pero, en general, se basan en la *esperanza de la espera*, a partir de un saber elemental pero decisivo: el ejercicio del poder se desgasta y resquebraja... en algún momento. El futuro, como espera y esperanza, es el tiempo de las resistencias.

Y en efecto, el tiempo puede y suele ser un aliado del que resiste. La espera le permite encontrar circunstancias más favorables y crearlas; conocer al otro para aprender sus debilidades; construir nuevos mecanismos de distancia, protección y ataque.

A partir de la articulación entre pasado, presente y futuro, en términos de las relaciones de poder, *cada generación reconstruye su horizonte temporal de posibilidad*, «un tiempo actual donde se encuentran el pasado —(masculino) recuerdo— y el futuro —(femenina) esperanza», (Rabinovich, 139). Reformula así el actuar en el presente desde una memoria específica del pasado y con una espera diferente, para encontrar que, en efecto, el tiempo desmonta el poder, sus formas, sus protagonistas, a la vez que los recrea. Asimismo, en cada generación la resistencia se reinaugura *como novedad y como repetición*. Se puede observar simultáneamente la mutación y la persistencia.

Desde las posiciones de poder o desde las de resistencia, se puede hablar de una *construcción diferente del horizonte temporal de posibilidad*, atribuyendo valores distintos tanto al pasado como al presente o al futuro y a su conjunción en el «tiempo actual».

Como ya se señaló, todo relato se focaliza en el momento de mayor despliegue de poder de quien lo construye. Asimismo, organiza de manera diferente tanto el pasado como las perspectivas a futuro, según la posición que se ocupe en las relaciones de poder y según las necesidades de legitimación del propio presente. No se trata de un movimiento artificioso o falso; no se trata de ninguna clase de engaño sino de una auténtica construcción que obedece a visiones, perspectivas y explicaciones diferentes (Gyarmati, 1981).

El pasado se articula a la convalidación o cuestionamiento del presente, resaltando unos hechos y desplazando otros. De la misma manera, el futuro se proyecta o imagina según diferentes aspiraciones, directamente vinculadas con la posición de ventaja o desventaja que se ocupe.

La duración de los sucesos del pasado, sus cualidades, los acontecimientos que los explican, nos remiten a relatos verdaderamente distintos. Desde las posiciones de poder, la historia realiza una construcción diferente de las memorias que se tejen en los ámbitos de subordinación y resistencia. Otro tanto ocurre con el presente y el futuro.

Mientras que el relato de poder enlaza el pasado a la gloria presente para proyectar un futuro «replicante» de éste, desde la visión de la resistencia, el vínculo con el pasado es memoria que reivindica instantes, para buscar *resquicios* en el presente que le permiten *sobrevivir, esperar y crear* condiciones menos desventajosas en el futuro. Enlaza así, de una manera diferente, las tres dimensiones del horizonte temporal.

La espera misma, la preservación que permite hacer una apuesta al largo plazo, no es un simple acto de sumisión, sino que puede entenderse como una de las numerosas estrategias de la resistencia en la construcción de sus propios tiempos. Se podría concluir entonces que, así como el presente es el tiempo de los poderosos, el futuro se abre —buceando en el pasado y ensanchando el presente— como el tiempo privilegiado de toda resistencia.

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, Walter (1994): *Discursos interrumpidos*, Buenos Aires, Planeta.
- CORSI, Giancarlo, Elena ESPOSITO y Claudio BARALDI (1996): *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, México, UIA.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI (1998): *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos.
- DERRIDA, Jacques (1995): *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta.
- (1997): *Mal de archivo*, Madrid, Trotta.
- ELIAS, Norbert (1989): *Sobre el tiempo*, México, FCE.
- FOERSTER, Ricardo, «Los usos de la memoria», *Confinés* (Buenos Aires), año 2, n.º 3 (septiembre de 1996).
- FOUCAULT, Michel (1968): *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.
- (1992): *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta.
- (1992): *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- GYARMATI, Gabriel (1981): «El tiempo en la sociología», en Gómez Millas, Vial Larrain y cols., *El tiempo en las ciencias*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- KREBS, Ricardo (1981): «El tiempo histórico», en Gómez Millas, Vial Larrain y cols., *El tiempo en las ciencias*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- LEVINAS, Emmanuel (1995): *El Tiempo y el Otro*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.
- (1995a): *Totalidad e infinito*, Salamanca, Sígueme.
- PRIGOYINE, ILSA (1990): *La nueva alianza*, Madrid, Alianza Universidad.
- RABINOVICH, Silvana (2000): *La huella en el palimpsesto: la escritura de Levinas desde la perspectiva de la transtextualidad*, tesis doctoral, México, UNAM.
- RAMOS TORRES, Ramón (1990): *Cronos dividido*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- RICOEUR, Paul (1999): «La marca del pasado», *Historia y grafía* (Universidad Iberoamericana), 13.
- SAAVEDRA, Igor (1981): «El tiempo en la física», en Gómez Millas, Vial Larrain y cols., *El tiempo en las ciencias*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

SCOTT, James (2000): *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ediciones Era.

VIAL LARRAIN, Juan de Dios (1981): «El tiempo, cuestión de la filosofía», en Gómez Millas, Vial Larrain y cols., *El tiempo en las ciencias*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Pilar Calveiro es profesora de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y de la Universidad Iberoamericana. De su producción destaca «Maquiavelo o la razón de Estado» («Metapolítica», n.º 23 [junio 2002]) y el libro «Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina» (Colihue, Argentina, 1998).